

Por los efectos que produjeron las instituciones de Solon, se puede juzgar los que hubieran producido en mejores circunstancias. Violentadas bajo la dominacion de los Pisistratides, obraron lentamente sobre los espíritus, ya sea por las ventajas de una educacion que era entonces comun, y que no lo es el dia de hoy, ó bien por la influencia de las formas republicanas, que conservan continuamente la ilusion y la esperanza de la libertad. Apenas se desterraron estos principios, cuando la democracia se restableció por sí misma, y los Atenienses desplegaron un caracter, que no se habia ni aun sospechado en ellos hasta entonces. Desde esta época hasta la de su corrupcion, no se pasó mas que cerca de medio siglo; pero en este tiempo feliz, se respetaban todavía las leyes y las virtudes. Los mas sabios no hablan el dia de hoy sin elogios acompañados de sentimientos, y no hallan otro remedio á los males del Estado, sino el de restablecer el gobierno de Solon.

## SECCION SEGUNDA.

### SIGLO DE TEMISTOCLES Y DE ARISTIDES\*.

Me determino con pena á describir combates. Debiera bastar el saber que las guerras empiezan por la ambicion de los príncipes, y acaban en la infelicidad de los pueblos; pero el ejemplo de una nacion que prefiere la muerte á la esclavitud, es demasiado grande é instructivo para que se pase en silencio.

Acababa Ciro de elevar la potencia de los Persas sobre las ruinas de los imperios de Babilonia y de Lidia; se le habian sometido la Arabia, el Egipto y los pueblos mas remotos; y Cambises su hijo habia sojuzgado la Cirenaica y muchas naciones africanas.

Despues de la muerte de este último, unos señores persas en número de siete, habiendo derribado á un mago que habia usurpado el trono, se juntaron para arreglar el destino de tan vastos Estados. Otanes propuso darles libertad, y establecer por todas partes la democracia; Megabises ensalzó las ventajas de la aristocra-

\* Desde el año 499 hasta cerca del de 444 antes de J. C.

cia; Dario, hijo de Histaspes, opinó por la constitucion, que hasta entonces habia producido la felicidad y la gloria de los Persas: prevaleció su voto, y habiéndose declarado por él la suerte, á la cual se habia confiado la eleccion de soberano, por artificios suyos, se vió pacifico poseedor del mas poderoso imperio del mundo, y tomó el titulo de gran rey, y el de rey de reyes, conforme al ejemplo de los antiguos monarcas de la Asiria\*.

En esta elevacion supo respetar las leyes, discernir el mérito, recibir consejos, y hacerse amigos. Zopiro, hijo de Megabises, fué al que amó mas. Cierta dia se atrevió uno á hacer á Dario, que tenia en la mano una granada, esta pregunta: «¿qué bien es el que querriais multiplicar tantas veces como son los granos de esa granada?» A Zopiro, respondió el rey sin pararse. » Esta respuesta precipitó á Zopiro en uno de aquellos extravíos de celo, que no pueden justificarse, sino por la pasion que los produce\*\*.

Diez y nueve meses habia que Dario tenia sitiada á Babilonia, que se habia rebelado: estaba ya para abandonar su empresa, cuando se dejó ver ante él Zopiro sin narices, sin orejas, muti-

\* El año 521 antes de J. C.

\*\* Segun Heródoto, no fué á Zopiro á quien nombró Dario, sino á Megabises, padre de este joven persa.

ladas y cubiertas de heridas todas las partes de su cuerpo. «¿Y qué mano bárbara te ha puesto en tal estado? exclamó el rey corriendo hácia él.—Yo mismo, respondió Zopiro. Voy á Babilonia, donde se sabe bien mi nombre, y el puesto que ocupo en vuestra corte. Os acusaré de haber castigado con la crueldad mas indigna, el consejo que os di de retiraros. Se me confiará un cuerpo de tropas; expondreis algunas de las vuestras, y me facilitareis sucesos, que me ganarán mas y mas la confianza del enemigo: «llegaré á hacerme dueño de las puertas, y «Babilonia será vuestra.» Dario quedó penetrado de dolor y de admiracion. El proyecto de Zopiro se logró. Su amigo le colmó de caricias y beneficios; pero decia muchas veces: «hubiera dado cien Babilonias por excusar á Zopiro un «tratamiento tan bárbaro.»

De esta sensibilidad tan atractiva en un particular, y tan preciosa en un rey, resultaba aquella clemencia que los vencidos experimentaban en este principe, y aquella gratitud con la cual recompensaba como rey, los servicios que habia recibido como particular. De allí nacia tambien aquella moderacion con que resplandecian los actos mas rigurosos de su autoridad. Antes las rentas de la corona no consistian mas que en las ofertas voluntarias de los pueblos; ofertas que Ciro recibia con la ternura de un padre; que

Cambises exigia con la altanería de un señor, y que en adelante hubiera podido el soberano multiplicar á su arbitrio. Darío dividió su reino en veinte gobiernos ó satrapías, y sujetó al examen de aquellos que habia puesto á su frente, la lista de las contribuciones que se proponia sacar de cada provincia. Todos ponderaron la pequenez de los impuestos; pero el rey se contentó con reducirlos á la mitad, desconfiando de sus pareceres.

Arregló con leyes sábias los diferentes ramos de la administracion. Ellas mantuvieron entre los Persas la armonía y la paz que sostienen un Estado; y los particulares hallaron en la conservacion de sus derechos y posesiones, la única igualdad que podian gozar en una monarquía.

Ilustró Darío su reinado con establecimientos útiles; pero le oscureció con sus conquistas. Nacido con talentos militares, adorado de sus tropas, valeroso y ardiente en la accion; pero tranquilo y de sangre fria en el peligro, sujetó casi tantas naciones como el mismo Ciro.

Sus fuerzas, sus victorias y aquella vil lisonja que culebrea siempre al rededor de los tronos, le persuadieron á que una palabra suya debia obligar á las naciones á rendirle homenaje; y como era tan capaz de ejecutar grandes proyectos como de formarlos, podia suspenderlos, mas nunca los abandonaba.

Habiendo de hablar de los inmensos recursos que tenia para añadir la Grecia á sus conquistas, he debido traer á la memoria algunos rasgos de su caracter; porque un soberano es todavía mas temible por sus calidades personales que por su poder.

El suyo apenas tenia límites. Su imperio, cuya extension es en ciertas partes de cerca de veinte y un mil ciento y sesenta y cuatro estadios \* de este á oeste; y de cerca de siete mil novecientos treinta y seis \*\* de mediodía á norte, puede contener de superficie ciento y quince millones, seiscientos diez y ocho mil estadios cuadrados \*\*\*; mientras que la superficie de la Grecia, no teniendo mas que un millon, trescientos sesenta y seis mil estadios cuadrados, no era mas que la centésima décimaquinta parte de la Persia. Contiene ademas muchas provincias situadas en el clima mas feliz, fertilizadas por grandes rios, hermoseadas con ciudades florecientes, ricas por la naturaleza de su terreno, por la industria de sus habitantes, por la actividad del comercio, y por una poblacion favorecida juntamente por la religion, por las leyes, y

\* Ochocientas leguas francesas, de dos mil y quinientas toesas cada una.

\*\* Trescientas leguas.

\*\*\* Ciento sesenta y cinco mil y doscientas leguas cuadradas. (Nota manuscrita de M. de Anville)

por las recompensas concedidas á la fecundidad.

Los impuestos en dinero subian á poco mas de catorce mil quinientos sesenta talentos euboicos\*; y no se empleaban en los gastos corrientes\*\*, sino que reducidos á barras, se reservaban para los gastos extraordinarios. Las provincias estaban encargadas del mantenimiento de la casa real, y de la subsistencia de los ejércitos: unas daban trigo, otras caballos: la Armenia sola enviaba todos los años veinte mil potros. De otras satrapías se sacaban ganados, lana, ébano, marfil y otras varias producciones.

Repartidas las tropas en las provincias, las mantenian en la obediencia, ó las libraban de una invasion. Otro ejército, formado de soldados elegidos, velaba en la conservacion del príncipe: sobre todos se distinguian diez mil hombres, que se llamaban *los Inmortales*, porque su número debía estar siempre completo: ningun otro cuerpo se atrevería á disputarle ni la preferencia ni el valor.

Ciro habia establecido en sus ejércitos una

\* Cerca de noventa millones de nuestra moneda.

\*\* Por lo que se dijo en el texto se ve, por que Alejandro halló tantas cantidades amontonadas en los tesoros de Persépolis, Suza, Pasagarda, etc. Así que, no sé si será preciso estar al testimonio de Justino, cuando dice, que despues de la conquista de la Persia, sacaba Alejandro todos los años de sus nuevos súbditos trescientos mil talentos, los que harian una suma de cerca de mil seiscientos y veinte millones de nuestra moneda.

disciplina, que procuraron mantener sus inmediatos sucesores. Todos los años mandaba el soberano hacer una revista general: se instruía por sí mismo del estado de las tropas que tenia cerca de sí; y enviaba inspectores diestros y fieles á las provincias remotas á ejercer las mismas funciones: los oficiales que se distinguian en el cumplimiento de sus deberes, eran recompensados; y los que no cumplieran con ellos perdian sus plazas.

La nacion particular de los Persas, la primera del Oriente desde que habia producido á Ciro, miraba el valor como la prenda mas sobresaliente entre todas, y por consiguiente le estimaba en sus enemigos. Arrostrar los rigores de las estaciones, hacer marchas largas y penosas, lanzar dardos, y pasar á nado los rios, eran entre ellos los juegos de la infancia: en la edad mas crecida se juntaba á esto la caza y los demas ejercicios que mantienen las fuerzas del cuerpo. En tiempo de paz se andaba con una parte de las armas que se llevaban á la guerra; y para no perder el hábito de andar á caballo, casi nunca se iba á pie. Estas costumbres se habian hecho insensiblemente las de todo el imperio.

La caballería es la principal fuerza de los ejércitos persas. En su fuga misma arrojan flechas, que detienen la furia del vencedor. El caballo

y ginete van igualmente cubiertos de hierro y de bronce, y la Media producía caballos famosos por su talla, su vigor y su ligereza.

Hay obligación de sentar plaza de soldado á la edad de veinte años, y se obtiene licencia á los cincuenta. A la primera orden del soberano todos los que están destinados á hacer la campaña, deben hallarse en el lugar que se les señala, dentro de un término fijo. Las leyes son en este punto extremadamente severas. Algunas veces han pedido algunos padres infelices por premio de sus servicios el conservar consigo sus hijos, que eran el báculo de su vejez. Se les dispensará de acompañarme, respondía el príncipe; y los mandaba quitar la vida.

Los reyes de Oriente no salen jamas á una expedición, sin llevar tras de sí una multitud inmensa de combatientes. Creen que es dignidad suya mostrarse en estas ocasiones con todo el aparato de su poder: creen que el número de los soldados decide de la victoria, y que reuniendo la mayor parte de sus fuerzas al rededor de su persona, podrán precaver las turbulencias que podrian levantarse en su ausencia. Pero si estos ejércitos no lo arrastran todo tras de sí, por el repentino terror que inspiran, ó por el impulso primero que dan, se ven luego obligados á retirarse, ya sea por falta de viveres, ya por el abatimiento de las tro-

pas. Por tanto se ve frecuentemente en el Asia finalizarse sus guerras en una sola campaña; y pender de una batalla sola el destino de un imperio.

Los reyes de Persia gozan de una autoridad absoluta, y cimentada en el respeto de los pueblos acostumbrados á venerarlos como imágenes vivas de la divinidad. El dia de su nacimiento es un dia de fiesta. A su muerte, para anunciar que se ha perdido el principio de la luz y de las leyes, se tiene cuidado de apagar el fuego sagrado, y de cerrar los tribunales de justicia. Durante su reinado no ofrecen los particulares sacrificio alguno, sin dirigir votos al cielo por el soberano, del mismo modo que por la nacion. Todos, sin exceptuar los príncipes tributarios, los gobernadores de las provincias, y los grandes que residen á la Puerta\*, se llaman esclavos del rey: expresion que hoy dia indica una extrema servidumbre: pero que en tiempo de Ciro y de Darío, no era mas que un testimonio de afeccion y de celo.

Hasta el último de estos príncipes no habian tenido los Persas interes en reñir con los pueblos del continente de Grecia. Apenas se sabia en la corte de Suza, que habia una Lacedemo-

\* Con esta palabra se significaba en Persia la corte del rey, ó la de los gobernadores de provincia.

nia y una Atenas, cuando Darío resolvió sujetar estas regiones lejanas. Atosa, hija de Ciro, con quien acababa de casarse, le dió la primera idea. Ella la tuvo de un médico griego, llamado Demócetes, que la había curado de una enfermedad grave. No pudiendo Demócetes procurarse la libertad por otros medios, formó el proyecto de una invasion en la Grecia: hizo entrar en él á la reina, y se lisonjeó de obtener una comision, que le facilitaria el medio de volver á Crotona su patria.

Atosa se aprovechó del momento en que Darío le manifestaba su ternura. « Ya es tiempo, « le dijo, de señalar vuestra subida al trono, « por una empresa que os gane la estinacion « de vuestros vasallos. Los Persas necesitan un « soberano conquistador. Distraed su valor sobre alguna nacion, si no quereis que le dirijan « contra vos. » Habiendo respondido Darío que se proponia declarar la guerra á los Escitas. « Los Escitas, replicó la reina, serán vuestros cuando vos lo querais. Yo deseo que dirijais vuestras armas contra la Grecia, y que me traigais para servirme mugeres de Lacedemonia, de Argos, de Corinto y de Atenas. » Desde este instante suspendió Darío su proyecto contra los Escitas, é hizo marchar á Demócetes con cinco persas encargados de darle noticia exacta de los paises cuya conquista meditaba.

No bien habia salido Demócetes de los Estados de Darío, cuando se huyó á Italia. Los persas que él debia conducir sufrieron muchos trabajos. Cuando volvieron á Suza, se habia ya resfriado el deseo de la reina de tener esclavas griegas á su servicio, y Darío se ocupaba en asuntos mas importantes.

Habiendo puesto este príncipe bajo su obediencia la ciudad de Babilonia, resolvió marchar contra las naciones escíticas\*, que viven acampadas con sus rebaños entre el Ister\*\* y el Tanais\*\*\*, á lo largo de las costas del Ponto Euxino.

Presentóse al frente de setecientos mil soldados á ofrecer la esclavitud á unos pueblos, que para arruinar su ejército no tuvieron que hacer mas que atraerle á paises incultos y desiertos. Darío se obstinó en seguir sus huellas: recorria como vencedor soledades inmensas. « ¿ Por qué « huyes de mi presencia? envió á decir un dia « al rey de los Escitas. Si puedes resistirme, « tente: y trata de pelear; y si no te atreves, « reconoce á tu señor. — El rey de los Escitas « respondió: no huyo, ni temo á nadie. Nosotros « acostumbamos errar tranquilamente en

\* El año 508 antes de J. C.

\*\* El Danubio.

\*\*\* El Don.

« nuestros vastos dominios, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. No conocemos otro bien que la libertad, ni otros señores que los dioses. Si quieres hacer prueba de nuestro valor, síguenos, y ven á insultar los sepulcros de nuestros padres.»

Entre tanto el ejército se debilitaba con las enfermedades, con la falta de víveres, y dificultad de las marchas. Fué pues necesario resolverse á volver á tomar el puente que Darío habia dejado sobre el Ister. Su guarda habia sido confiada á los Griegos de la Jonia, permitiéndoles retirarse á su pais, si veian que no volvía antes de dos meses. Concluido este término, se dejaron ver mas de una vez cuerpos de escitas sobre las márgenes del rio. Quieren, primero con súplicas, despues con amenazas, empeñar á los oficiales de la armada á que la llevasen á la Jonia. Milciades, el ateniense, apoyaba fuertemente este parecer, pero habiendo representado Histieo de Mileto á los otros gefes, que, puestos por Darío en el gobierno de diferentes ciudades de la Jonia, quedarían en el estado de simples particulares, si dejaban perecer al rey, se prometió á los Escitas romper el puente, y se tomó el partido de permanecer allí. Esta resolucion salvó á Darío y á su ejército.

Una conquista importante borró luego la

afrenta de la expedicion de la Escitia. Se hizo reconocer por soberano de los pueblos que habitan cerca del Indo; y este rio fijó por el oriente los limites de su imperio.

Al occidente se terminaba en una serie de colonias griegas, establecidas sobre las costas del mar Egeo. Allí están Efeso, Mileto, Esmirna y otras muchas ciudades florecientes, reunidas en diferentes confederaciones, separadas todas del continente de la Grecia por el mar y muchas islas, de las cuales unas obedecian á los Atenenses, y otras eran independientes. Las ciudades griegas de la Asia aspiraban á sacudir el yugo de los Persas. Los habitantes de las islas y de la Grecia propiamente tal, temian la vecindad de una potencia que amenazaba á las naciones con una esclavitud general.

Estos temores se aumentaron, cuando se vió á Darío, que volviendo de la Escitia, dejó en la Tracia un ejército de ochenta mil hombres, el cual sometió este reino, obligó al rey de Macedonia á hacer á Darío homenaje de su corona, y se apoderó de las islas de Lemnos y de Imbros.

Se aumentaron aun mas cuando se vió á los Persas hacer una tentativa contra la isla de Naxos, y amenazar á la Eubea, tan próxima á la Atica: cuando las ciudades de la Jonia, resueltas á recobrar su antigua libertad, echaron

de allí á sus gobernadores, quemaron la ciudad de Sardes, capital del antiguo reino de Lidia, y atrajeron á los pueblos de Caria y de la isla de Quipre á la liga que habian formado contra Darío. Esta revolucion\* fué efectivamente el principio de las guerras que estuvieron para destruir todas las potencias de la Grecia, y que ciento y cincuenta años despues trastornaron el imperio de los Persas.

Los Lacedemonios tomaron el partido de no acceder á la liga, y los Atenienses el de favorecerla, sin declararse abiertamente. El rey de Persia no disimulaba ya el deseo que tenia de extender hácia la Grecia los confines de su imperio. Los Atenienses debian á la mayor parte de las ciudades que acababan de sustraerse á su obediencia, los socorros que las metrópolis deben dar á sus colonias. Hacia mucho tiempo que se quejaban de la proteccion que los Persas concedian á Hippias, hijo de Pisistrato, que los habia oprimido, y á quien ellos habian desterrado. Artafernes, hermano de Darío, y sátrapa de Lidia, les habia declarado que el único medio de atender á su seguridad, era volver á llamar á Hippias; y se sabia que este último desde su llegada á la corte de Suza mantenia en el espíritu de Darío preocupacio-

\* Hácia el año 504 antes de J. C.

nes, que no cesaba de inspirarle contra los pueblos de la Grecia, y en particular contra los Atenienses. Irritados con estos motivos los Atenienses, enviaron á Jonia tropas, que contribuyeron á la toma de Sardes, y los Eretrios de la Eubea siguieron su ejemplo.

El principal autor de la sublevacion de la Jonia, fué aquel Histieo de Mileto, que cuando la expedicion de Escitia se obstinó en guardar el puente del Ister. Darío no olvidó nunca este servicio importante, y se acordaba todavía despues de haberle recompensado. Pero Histieo, desterrado de la corte de Suza, impaciente por volver á su patria, excitó por bajo de cuerda las turbulencias de la Jonia, y se valió de ellas para lograr el permiso de volver á esta provincia, donde se le cogió luego con las armas en la mano. Diéronse prisa los generales para hacerle morir, porque conocian la generosidad de su señor. En efecto, este príncipe, haciendo menos caso de su traicion que de los favores que le debia, honró su memoria con exequias, y con las reprensiones que dió á sus generales.

Por el mismo tiempo, habiendo unos barcos fenicios hecho prisionera una galera ateniense, hallaron en ella á Metioco, hijo de aquel Milciades que aconsejó romper el puente del Ister, y abandonar á Darío al furor de los Escitas.



Le enviaron al rey, quien le recibió con señales de distincion, y á fuerza de beneficios le obligó á establecerse en Persia.

Esto no nacia de que Darío fuese insensible á la sublevacion de la Jonia y á la conducta de los Atenieses. Al darle noticia del incendio de Sardes, juró vengarse completamente de estos últimos, y encargó á uno de sus oficiales, que le recordase todos los dias el ultraje que se le habia hecho; pero antes era preciso poner fin á la guerra que los primeros le habian movido. Duró algunos años, y le proporcionó grandes ventajas. La Jonia volvió á su obediencia: muchas islas del mar Egeo, y todas las ciudades del Helesponto recibieron sus leyes.

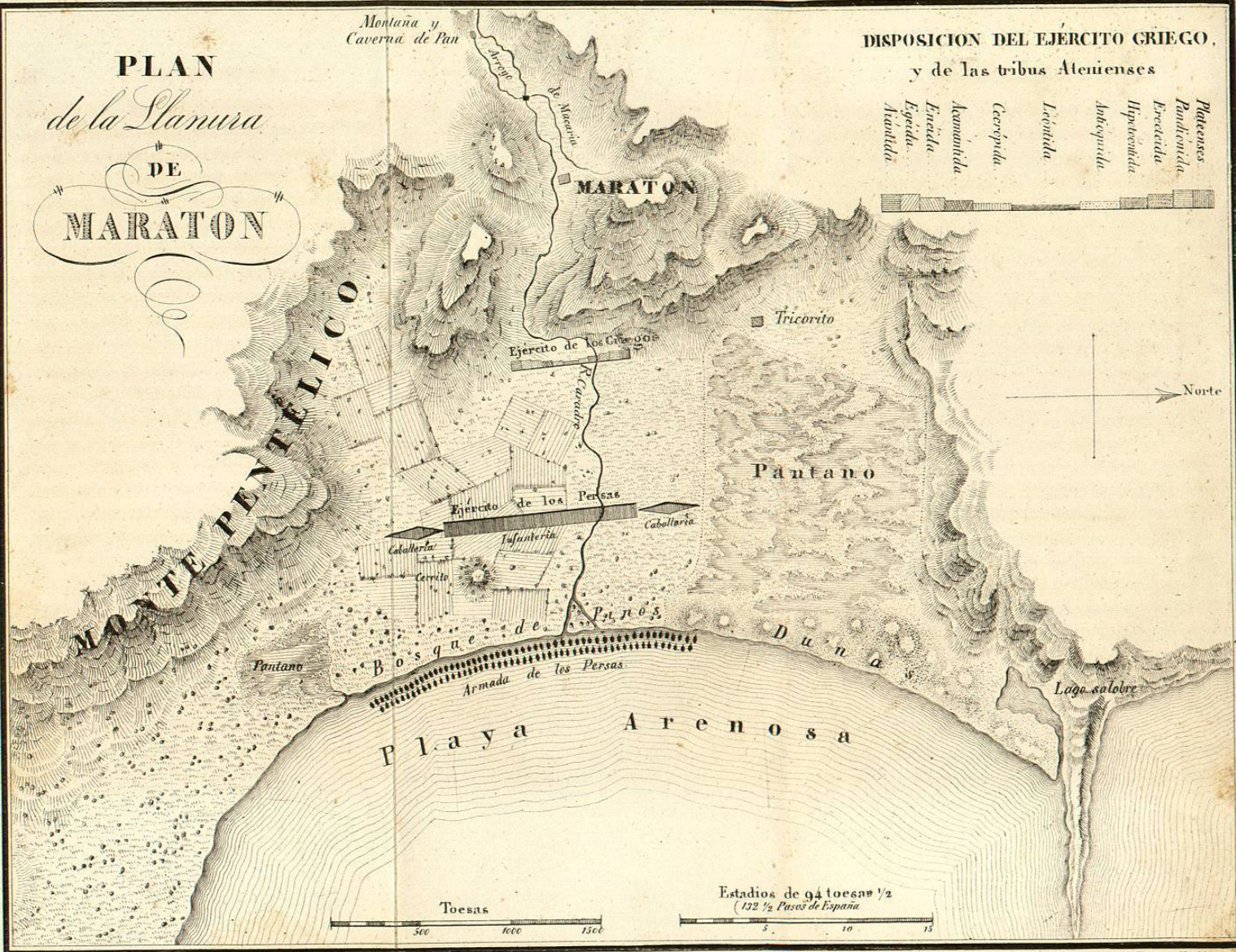
Entonces Mardonio su yerno partió al frente de un ejército poderoso, acabó de pacificar la Jonia, fué á Macedonia, y allí hizo embarcar sus tropas, ya fuese porque previno las órdenes de Darío, ó bien porque se limitase á seguirlas. Su pretexto era el castigar á los Atenieses y Cretieses: su verdadero objeto hacer á la Grecia tributaria; pero habiendo estrellado una violenta tempestad contra las rocas del monte Atos una parte de sus galeras y soldados, volvió á tomar el camino de Macedonia, y luego despues el de Suza.

Este desastre no bastaba para desviar la tempestad que amenazaba á la Grecia. Darío, an-

DISPOSICION DEL EJERCITO GRIEGO  
y de las tribus Atenienses

- Platenses
- Pandionida
- Exectada
- Hipobocnida
- Antiquida
- Laonida
- Cercopida
- Acanianida
- Enxada
- Egeda
- Amalida

PLAN  
*de la Planura*  
DE  
MARATON



Nicolet f.

Lit. de Houbert



tes de llegar á romper claramente, envió por todas partes reyes de armas, para pedir en su nombre la tierra y el agua: esta era la fórmula que usaban los Persas para exigir el tributo de las naciones. La mayor parte de las islas y de los pueblos del continente le ofrecieron sin detenerse: los Atenienses y los Lacedemonios, no solamente le negaron, sino que con una violacion manifiesta del derecho de gentes, arrojaron á los embajadores del rey en una fosa profunda. Los primeros llegaron mas allá con su indignacion: condenaron á muerte al intérprete que habia manchado la lengua griega explicando las órdenes de un bárbaro.

A esta novedad, Dario puso al frente de sus tropas á un medo, llamado Datis, que tenia mas experiencia que Mardonio: le dió orden de destruir las ciudades de Atenas y de Eretria, y de traerle los habitantes cargados de cadenas.

#### BATALLA DE MARATON.

Luego se juntó el ejército en una llanura de Cilicia, de donde seiscientos bajeles le transportaron á la isla de Eubea. La ciudad de Eretria, despues de haberse defendido vigorosamente seis dias, fué tomada por traicion de algunos ciudadanos que tenian crédito sobre el